

Obrera y madre
Alejandra Kollontai
1916

(Versión al castellano de Ana Armand desde “*Working Woman and Mother*”, en [Alexandra Kollontai Archive – MIA](#). Escrito en 1916 y publicado como folleto)

Mashenka, la esposa del director de la fábrica

Mashenka es la esposa del director de la fábrica. Mashenka espera un bebé. Aunque todos en la casa del director de la fábrica estén un poco preocupados, reina un ambiente festivo. Nada de sorprendente en ello ya que Mashenka va a ofrecer a su marido un heredero. Existirá alguien a quien su marido pueda dejar toda su riqueza, la riqueza creada por las manos de los hombres y mujeres trabajadores. El doctor les ha ordenado que cuiden de Mashenka con mucho esmero, que no dejen que se canse ni que levante nada pesado. Que le dejen comer lo que le apetezca. ¿Fruta? Pues que se le dé algo de fruta. ¿Caviar? Denle caviar.

Lo importante es que Mashenka no se preocupe o angustie de ninguna manera. Entonces el bebé nacerá fuerte y sano; el parto será fácil y Mashenka mantendrá su lozanía. Así es como hablan en la familia del director de la fábrica. Es la forma aceptada de tratar a una futura madre en las familias donde los bolsillos están repletos de oro y notas de crédito. Cuidan muy bien a la señora Mashenka.

No te canses, Mashenka, no intentes mover el sillón. Eso es lo que le dicen a la señora Mashenka.

Los farsantes e hipócritas de la burguesía sostienen que la futura madre es sagrada para ellos. ¿Pero es ese realmente el caso?

Mashenka, la lavandera

En la misma casa que la esposa del director de la fábrica, pero en la parte de atrás, en una esquina detrás de una cortina de calicó impreso, se acurruca otra Mashenka. Ella hace la colada y las tareas domésticas. Mashenka está embarazada de ocho meses. Pero abriría los ojos con sorpresa si le dijeran: “Mashenka, no debes: cargar cosas pesadas, debes cuidarte, por tu propio bien, por el bien del niño y por el bien de la humanidad. Estás esperando un bebé y eso significa que tu condición es, a los ojos de la sociedad, ‘sagrada’.” Masha tomaría esto como una interferencia fuera de lugar o como una broma cruel. ¿Dónde se ha visto a una mujer de la clase obrera que reciba un trato especial por estar embarazada? Masha y los cientos de miles de otras mujeres de las clases desposeídas, que se ven obligadas a vender sus manos de trabajadoras, saben que los propietarios no tienen piedad cuando ven a mujeres necesitadas; y no tienen otra alternativa, por agotadora que sea, que ir a trabajar.

“Una mujer embarazada debe disfrutar, sobre todo, de sueño tranquilo, buena comida, aire fresco y no realizar demasiado esfuerzo físico.” Eso es lo que dice el doctor. Masha la lavandera, y los cientos y miles de mujeres trabajadoras, las esclavas del capital, se reírían en su cara. ¿Un mínimo de esfuerzo físico? ¿Aire fresco? ¿Comida sana y suficiente? ¿Dormir sin interrupciones? ¿Qué mujer trabajadora conoce estas bendiciones? Están reservadas a la señora Mashenka y a las esposas de los dueños de la fábrica.

Por la mañana, temprano, antes de que la oscuridad haya cedido el paso al amanecer, y mientras la señora Mashenka sigue teniendo dulces sueños, Mashenka la lavandera se levanta de su estrecha cama y se hunde en la húmeda y oscura lavandería. Le saluda el olor a moho de la ropa sucia; se desliza por el suelo mojado; los charcos de

ayer aún no se han secado. Masha no se esclaviza en la lavandería por su propia voluntad, la conduce ese incansable supervisor que es la necesidad. El marido de Masha es un trabajador y su paga es tan exigua que dos personas no podrían mantenerse con ella. Y así, en silencio, apretando los dientes, se planta ante la pila hasta el último día posible, hasta el mismo nacimiento. Que nadie se equivoque pensando que Masha la lavandera tiene una “salud de hierro” como les gusta decir a las señoras cuando hablan de mujeres trabajadoras. Las piernas de Masha están pesadas y con las venas hinchadas a causa de permanecer de pie ente las pilas durante tanto tiempo, sólo puede caminar lentamente y con dificultad. Tiene bolsas bajo los ojos, los brazos están hinchados y no ha dormido bien durante mucho tiempo.

Las cestas de ropa húmeda son a menudo tan pesadas que Masha tiene que apoyarse en la pared para evitar caerse. Su cabeza le da vueltas y todo se torna oscuro ante sus ojos. A menudo siente como si tuviera una enorme muela descompuesta alojada en la parte posterior de su columna vertebral, y que sus piernas están hechas de plomo. Si tan sólo pudiera acostarse por una hora... descansar un poco... pero a las mujeres trabajadoras no se les permite hacer esas cosas. Tales mimos no son para ellas. Porque, al fin y al cabo, no son damas. Masha soporta su duro destino en silencio. Las únicas mujeres “sagradas” son aquellas mujeres embarazadas que no son dirigidas por ese implacable capataz: la necesidad.

Masha, la criada

La señora Mashenka necesita otra sirvienta. El amo y la señora acogen a una muchacha del campo. A Mashenka la señora le gusta la risa de la chica, la trenza, que le llega hasta debajo de sus rodillas, y la forma en que la chica revolotea alrededor de la casa como un pájaro e intenta complacer a todos. Una joya de chica. Le pagan tres rublos al mes y hace el trabajo de tres personas. A la señora se le llena la boca de elogios.

Entonces sucede que el director de la fábrica comienza a fijarse en la chica. Sus atenciones van en aumento. La chica no ve el peligro; es inexperta, poco sofisticada. El amo se vuelve muy amable y cariñoso. El médico le ha aconsejado que no le pida nada a su mujer. El silencio, dice, es la mejor medicina. El director de la fábrica está dispuesto a dejarle dar a luz en paz, mientras no tenga que sufrir. La criada también se llama Masha. Las cosas se pueden arreglar fácilmente; la chica es ignorante, estúpida. No es difícil asustarla, puede asustarse de cualquier cosa. Y así, Masha se queda embarazada. Deja de reír y empieza a parecer demacrada. La preocupación corroe su corazón día y noche.

Masha, la señora, se entera. Hace una escena. La chica tiene 24 horas para hacer las maletas. Masha vaga por las calles. No tiene amigos, no tiene adónde ir. ¿Quién va a emplear a “esa clase de chica” en una casa “honesta”? Masha deambula sin trabajo, sin pan, sin ayuda. Pasa por un río. Mira las oscuras ondulaciones y se aleja temblando. El río frío y sombrío la aterroriza, pero al mismo tiempo parece atraerla.

Masha, la tintorera

Hay confusión en el departamento de teñido de la fábrica; una mujer trabajadora ha sido sacada como si estuviera muerta. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha resultado envenenada por los vapores? ¿Ya no podía soportar las emanaciones? Pero no es una recién llegada, va siendo hora de que se acostumbre al veneno de la fábrica.

“No es absolutamente nada”, dice el doctor. “¿No lo ves? Está embarazada. Las mujeres embarazadas suelen comportarse de formas muy extrañas. No hay necesidad de ceder ante ellas”.

Así que envían a la mujer de vuelta al trabajo. Ella va dando tumbos como un borracho a través del taller de vuelta a su casa. Sus piernas están entumecidas y se niegan a obedecerle. No es ninguna broma trabajar diez horas al día, día tras día, en medio del hedor tóxico, el vapor y los nocivos humos. Y no hay descanso para la madre obrera,

incluso cuando las diez horas han terminado. En casa está su vieja madre ciega esperando su cena, y su marido vuelve de su fábrica cansado y hambriento. Tiene que alimentarlos y cuidarlos a todos. Es la primera en levantarse por las mañanas, está de pie desde el amanecer y es la última en acostarse. Y para rematarlo todo han introducido horas extras. Las cosas van bien en la fábrica; el dueño recoge beneficios a manos llenas. Sólo ofrece unos pocos kopeks extra por las horas extras, pero si te opones, conoces el camino a las puertas; ¡alabado sea el cielo!, pues hay suficientes parados en el mundo. Masha trata de conseguir un permiso, solicitándoselo al propio director.

“Voy a tener mi bebé pronto. Debo tener todo listo. Mis hijos son pequeños y hay que hacer las tareas domésticas; y además tengo que cuidar de mi anciana madre.”

Pero él no escuchará. Es grosero con ella y la humilla delante de los otros trabajadores. “Si empezara a dar tiempo libre a cada mujer embarazada, sería más sencillo cerrar la fábrica. Si no te acostaras con hombres, no te quedarías embarazada.”

Así que Masha, la tintorera, tiene que trabajar hasta el último minuto. Así es como la sociedad burguesa estima la maternidad.

Parto

En casa de la señora Masha el nacimiento es un gran acontecimiento. Es casi un día de fiesta. La casa es una avalancha de médicos, comadronas y enfermeras. La madre se acuesta en una cama limpia y suave. Hay flores en las mesas. Su marido está a su lado; se reciben cartas y telegramas. Un sacerdote reza oraciones de agradecimiento. El bebé nace sano y fuerte. Eso no es sorprendente, ¡se han tenido muchos cuidados y hecho tantos aspavientos por Masha!

La lavandera Masha también está de parto. Detrás de la cortina de calicó, en el rincón de una habitación llena de otras personas. Masha está sufriendo. Intenta reprimir sus gemidos, enterrando su cabeza en la almohada. Los vecinos son todos trabajadores y no sería bueno privarlos de su sueño. Hacia la mañana llega la comadrona. Lava y arropa al bebé y luego se apresura para otro nacimiento. Mashenka está ahora sola en la habitación. Mira al bebé. Qué cosita tan delgada. Delgada y arrugada. Sus ojos parecen reprocharle a la madre haberlo traído a este mundo. Mashenka lo mira y llora en silencio para no molestar a los demás.

La criada Masha da a luz a su hijo junto a una valla en una callejuela suburbana. Preguntó en una casa de maternidad, pero estaba llena. Llamó a otra, pero no la aceptaron, diciéndole que necesitaba varios trozos de papel con firmas. Ella da a luz; sigue caminando. Camina y se tambalea. Envuelve al bebé en una bufanda. ¿Dónde puede ir? No hay ningún sitio al que ir. Recuerda el río oscuro, aterrador y sin embargo fascinante. Por la mañana el policía saca un cuerpo del río. Así es como la sociedad burguesa respeta la maternidad.

El bebé de Masha, la tintorera, nació muerto. No ha logrado sobrevivir a los nueve meses. Las emanaciones que la madre inhala en la fábrica han envenenado al niño mientras estaba en el útero. El nacimiento fue difícil. La propia Masha tuvo suerte de salir con vida. Pero al día siguiente por la noche ya estaba levantada, arreglando las cosas, lavando y cocinando. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Quién más cuidará y organizará la casa de Masha? ¿Quién se encargará de alimentar a los niños? La señora Masha puede estar en cama durante nueve días por orden del médico, ya que tiene toda una institución de sirvientes que trabajan a su alrededor. Si Masha, la tintorera, desarrolla una grave enfermedad por ir a trabajar tan pronto después del nacimiento y queda paralizada por ello, es una lástima.

No hay nadie que cuide de la madre trabajadora. Nadie que levante las pesadas cargas de los hombros de estas mujeres cansadas. La maternidad, dicen, es sagrada. Pero eso sólo es cierto en el caso de la señora Masha.

La cruz de la maternidad

Para la señora Masha, la maternidad es un acontecimiento alegre. En una guardería brillante y ordenada, el heredero de la dueña de la fábrica crece bajo la mirada de varias niñeras y la supervisión de un médico. Si la señora Masha tiene muy poca leche propia, o no quiere estropear su figura, se puede encontrar una nodriza. Masha la señora se divierte con el bebé y luego sale de visita, va de compras, o al teatro, o a un baile. Hay alguien a mano para cuidar del bebé. La maternidad es divertida. Es un entretenimiento para la señora Masha.

Para las otras Mashas, las mujeres trabajadoras, las tintoreras, tejedoras, lavanderas y los otros cientos y miles de mujeres de la clase obrera, la maternidad es una cruz. La sirena de la fábrica llama a la mujer a trabajar, pero su hijo se inquieta y llora. ¿Cómo puede dejarlo? ¿Quién lo cuidará? Vierte la leche en una botella y le da el niño a la anciana de al lado o deja a su joven hija a cargo. Se va a trabajar, pero nunca deja de preocuparse a causa de la hija que, bien intencionada pero ignorante, podría intentar alimentar a su hermano con gachas o trozos de pan.

El bebé de la señora Masha se ve mejor cada día. Como el azúcar blanco o una turgente manzana rosada; tan fuerte y saludable. Los hijos del obrero de la fábrica, de la lavandera y del artesano, día a día adelgazan más. Por las noches el bebé se acurruca, empequeñece y llora. El médico viene y regaña a la madre por no amamantar al niño o por no alimentarlo adecuadamente. “¿Y tú te llamas a ti misma madre? Ahora, si el bebé muere sólo puedes que culparte.” Los cientos y miles de madres trabajadoras no intentan ni explicarse. Se quedan con la cabeza gacha, limpiándose furtivamente las lágrimas. ¿Podrían contarle al doctor las dificultades que enfrentan? ¿Les creería? ¿Lo entendería?

Mueren como moscas

Los niños están muriendo. Los hijos de los hombres y mujeres trabajadores mueren como moscas. Un millón de tumbas. Un millón de madres afligidas. ¿Pero de quiénes son los niños que mueren? Cuando la muerte va a cosechar las flores de primavera, ¿los hijos de quién caen bajo la guadaña? Como uno puede imaginarse, la muerte recoge la cosecha más pobre entre las familias ricas, donde los niños viven con calor y comodidad y son amamantados con la leche de su madre o nodriza. Entre las familias de la realeza, sólo seis o siete de cada cien recién nacidos mueren. Entre las familias de los trabajadores, mueren entre treinta y cuarenta y cinco. En todos los países donde los capitalistas controlan la economía y los trabajadores venden su fuerza de trabajo y viven sumidos en la pobreza, el porcentaje de bebés que mueren en la primera infancia es muy alto. En Rusia las cifras son más altas que en cualquier otro lugar. Aquí están las cifras comparativas del número de niños que sobreviven a la primera infancia: Noruega 93%. Suiza 89%. Inglaterra 88%. Finlandia 88%. Francia 86%. Austria 80%. Alemania 80%. Rusia 72%. Pero hay varias provincias en Rusia, especialmente aquellas con muchas fábricas, donde el 54% de los niños mueren al nacer. En las zonas de las grandes ciudades donde viven los ricos, la mortalidad infantil es sólo del 8-9%; en las zonas de clase trabajadora la cifra se eleva al 30-31%. ¿Por qué mueren tantos niños del proletariado? Para crecer sano y fuerte, un niño necesita aire fresco, calor, sol, limpieza y cuidadosa atención. Necesita ser amamantado; la leche materna es su alimento natural y le ayudará a crecer y fortalecerse. ¿Cuántos niños de familias de clase trabajadora tienen todas las cosas que hemos enumerado?

La muerte se hace un lugar fuerte en los hogares de las familias de la clase trabajadora porque esas familias son pobres, sus casas están abarrotadas y húmedas, y la luz del sol no llega al sótano; porque donde hay demasiada gente, suele haber suciedad; y porque la madre de la clase trabajadora no tiene la oportunidad de cuidar adecuadamente de sus hijos. La ciencia ha establecido que la alimentación artificial es el peor enemigo

del niño: mueren cinco veces más niños alimentados con leche de vaca y quince veces más niños alimentados con otros alimentos que los que son amamantados. Pero, ¿cómo puede la mujer que trabaja fuera de casa, en la fábrica o en un taller, amamantar a su hijo? Tiene suerte si el dinero llega para la compra de leche de vaca; eso no sucede todo el tiempo. ¿Y qué clase de leche venden los comerciantes a las madres trabajadoras? Tiza mezclada con agua. En consecuencia, el 60% de los bebés que mueren, mueren por enfermedades del estómago. Muchos otros mueren de lo que los médicos gustan en llamar “la incapacidad de vivir”: la madre agotada por su duro trabajo físico da a luz prematuramente, o el niño resulta envenenado por las emanaciones de la fábrica mientras aún está en el útero. ¿Cómo puede la mujer de la clase obrera cumplir con sus obligaciones maternas?

Trabajo y maternidad

Hubo un tiempo no muy lejano, un tiempo que nuestras abuelas recuerdan, en el que las mujeres sólo se ocupaban del trabajo de la casa: en las tareas domésticas y en los oficios domésticos. Por supuesto que las mujeres de las clases desposeídas no estaban ociosas. El trabajo en la casa era duro. Tenían que cocinar, coser, lavar, tejer, mantener el lino blanco y trabajar en el huerto y el campo. Pero este trabajo no alejaba a la mujer de la cuna; no había muros de fábrica que la separaran de sus hijos. Por muy pobre que fuera la mujer, tenía en sus brazos a su hijo. Los tiempos han cambiado. Se han creado fábricas, se han abierto talleres. La pobreza ha expulsado a las mujeres del hogar; la fábrica las ha atrapado con sus garras de hierro. Cuando las puertas de la fábrica se cierran de golpe tras de ella, una mujer tiene que decir adiós a la maternidad, porque la fábrica no tiene piedad de la mujer embarazada o de la joven madre.

Cuando una mujer trabaja día tras día sobre una máquina de coser, desarrolla una enfermedad de los ovarios. Cuando trabaja en una fábrica de tejido o hilado, en una fábrica de caucho o porcelana o en una planta de plomo o química, ella y su bebé corren el peligro de resultar envenenados por emanaciones nocivas y por el contacto con sustancias nocivas. Cuando una mujer trabaja con plomo o mercurio, se vuelve infértil o sus hijos nacen muertos. Cuando trabaja en una fábrica de cigarrillos o de tabaco, la nicotina de su leche puede envenenar a su hijo. Las mujeres embarazadas también pueden mutilar o matar a sus hijos llevando cargas pesadas, estando de pie durante largas horas en un banco o mostrador, o subiendo y bajando las escaleras a capricho de la señora de la casa. No hay ningún trabajo peligroso y dañino prohibido para las mujeres trabajadoras. No hay ningún tipo de industria que no emplee a mujeres embarazadas o madres lactantes. Dadas las condiciones en las que la mujer trabajadora vive, su trabajo en la producción es la tumba de la maternidad.

¿Hay una solución al problema?

Si los niños van a nacer muertos, lisiados o destinados a morir como moscas, ¿tiene algún sentido que la mujer trabajadora se quede embarazada? ¿Valen la pena todas las pruebas de parto si la mujer trabajadora tiene que abandonar a sus hijos a los vientos del azar cuando todavía son tan pequeños? Por mucho que quiera criar a su hijo adecuadamente, no tiene tiempo para cuidarlo y atenderlo. Ya que este es el caso, ¿no es mejor simplemente evitar la maternidad?

Muchas mujeres trabajadoras están empezando a pensárselo dos veces antes de tener hijos. No tienen la fuerza para cargar con la cruz. ¿Existe alguna solución para el problema? ¿Tienen las mujeres trabajadoras que privarse de la última alegría que les queda en la vida? La vida les ha causado daño, la pobreza no les ofrece nada, y la fábrica les roba fuerzas; ¿significa esto que las mujeres trabajadoras deban renunciar al derecho a las alegrías de tener hijos? ¿Rendirse sin luchar? ¿Sin tratar de ganar el derecho que la naturaleza le ha ofrecido a cada criatura viviente y a cada estúpido animal? ¿Hay alguna

alternativa? Por supuesto que la hay, pero no todas las mujeres trabajadoras son conscientes de ello.

¿Cuál es la alternativa?

Imaginad una sociedad, un pueblo, una comunidad, donde ya no haya damas y lavanderas de Mashenka. Donde no haya parásitos ni trabajadores asalariados. Donde todas las personas ejecuten la misma cantidad de trabajo y la sociedad a cambio las cuida y ayuda en la vida. Así como ahora las damas Mashenka son atendidas por sus parientes, aquellos que necesitan más atención (la mujer y los niños) serán atendidos por la sociedad, que es como una gran familia amistosa. Cuando Mashenka, que ya no es ni dama ni sirvienta, sino, simplemente, ciudadana, queda embarazada, no tiene que preocuparse de lo que le sucederá a ella y a su hijo. La sociedad, esa gran familia feliz, se ocupará de todo.

Una casa especial con un jardín y flores estará lista para recibirla. Estará diseñada para que cada mujer embarazada que acaba de dar a luz pueda vivir allí alegremente con salud y comodidad. Los médicos de esta sociedad-familia se preocupan no sólo en preservar la salud de la madre y el niño, sino en aliviar a la mujer del dolor del parto. La ciencia está haciendo progresos en este campo y puede ayudar al médico. Cuando el niño es lo suficientemente fuerte, la madre vuelve a su vida normal y retoma el trabajo que hace en beneficio de la gran familia-sociedad. No tiene que preocuparse por su hijo. La sociedad está ahí para ayudarla. Los niños crecerán en el jardín de infancia, la colonia infantil, la guardería y la escuela, bajo el cuidado de enfermeras experimentadas. Cuando la madre quiera estar con sus hijos, sólo tendrá que decirlo; y cuando no tenga tiempo sabrá que están en buenas manos. La maternidad ya no será una cruz. Sólo quedarán sus aspectos alegres; sólo la gran felicidad de ser madre, que por el momento sólo disfrutaban las damas Mashenka.

Pero tal sociedad, seguramente, sólo se encuentra en los cuentos de hadas. ¿Podría existir tal sociedad? La ciencia de la economía y la historia de la sociedad y el estado muestran que debe crearse tal sociedad, y que será creada. Por mucho que luchen los capitalistas ricos, los dueños de fábricas, los terratenientes y los poseedores, el cuento de hadas se hará realidad. La clase obrera de todo el mundo está luchando para convertir este sueño en realidad. Y aunque la sociedad todavía esté lejos de ser una familia feliz, aunque todavía exista muchas luchas y sacrificios por delante, es al mismo tiempo cierto que la clase obrera en otros países ha realizado grandes avances. Los hombres y mujeres trabajadores están tratando de aligerar la cruz de la maternidad haciendo que se aprueben leyes, tomando otras medidas.

¿Cómo puede ayudar la ley?

Lo primero que se puede hacer, y lo primero que los hombres y mujeres trabajadores están haciendo en todos los países, es que la ley defienda a la madre trabajadora. Dado que la pobreza y la inseguridad obligan a las mujeres a trabajar, y que el número de mujeres que trabajan aumenta de año en año, lo menos que se puede hacer es asegurarse de que el trabajo asalariado no se convierta en la “tumba de la maternidad”. La ley debe intervenir para ayudar a las mujeres a combinar el trabajo y la maternidad.

Los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo exigen la prohibición total del trabajo nocturno para las mujeres y jóvenes, una jornada de ocho horas para todos los trabajadores y la prohibición del empleo de niños menores de dieciséis años. Están exigiendo que a los jóvenes de más de dieciséis años se les permita trabajar sólo la mitad del día. Esto es importante, sobre todo desde el punto de vista de la futura madre, ya que entre los dieciséis y los dieciocho años la niña está creciendo y desarrollándose como mujer. Si su fuerza se ve socavada durante esos años, sus oportunidades de tener una maternidad sana se pierden para siempre.

La ley debe establecer categóricamente que las condiciones de trabajo y toda la situación laboral no deben representar una amenaza para la salud de la mujer; los métodos de producción nocivos deben ser sustituidos por métodos seguros o eliminados por completo; los trabajos con cargas pesadas o máquinas de propulsión humana, etc. deben mecanizarse; los centros de trabajo deben mantenerse limpios y en ellos no deben alcanzarse temperaturas extremas; deben proporcionarse baños, aseos y comedores, etc. Estas exigencias pueden ser obtenidas (ya se han visto en las factorías-modelo), pero a los propietarios de las fábricas no les gusta soltar el dinero. Todos los ajustes y mejoras son caros, y la vida humana es muy barata.

Es muy importante una ley que establezca que las mujeres deben trabajar sentadas siempre que sea posible. También es importante que se impongan multas sustanciales, y no meramente nominales, a los propietarios de fábricas que infrinjan la ley. La tarea de velar por el cumplimiento de la ley debe confiarse no sólo a los inspectores de fábrica, sino también a los representantes elegidos por los trabajadores.

Protección de la maternidad

La ley debe proteger a la madre. Incluso ahora, la ley rusa (Artículo 126: “condiciones en la industria”) otorga a las mujeres trabajadoras de las grandes fábricas el derecho a cuatro semanas de licencia por parto. Esto, por supuesto, no es suficiente. En Alemania, Francia y Suiza, por ejemplo, la madre tiene derecho a ocho semanas de permiso sin perder su trabajo. Esto, sin embargo, tampoco es suficiente. El partido de los trabajadores exige una licencia de dieciséis semanas para las mujeres: ocho antes y ocho después del parto. La ley también debe estipular que la madre tiene derecho a un descanso durante la jornada laboral para alimentar a su hijo. Esta reivindicación ya se ha convertido en ley en Italia y España. La ley debe exigir que se construyan guarderías y que las fábricas y talleres proporcionen otras habitaciones con calefacción adecuada, donde los bebés puedan ser amamantados.

Seguro de maternidad

Sin embargo, no basta con que la ley proteja a la madre únicamente con no tener que trabajar durante el período del parto. Es esencial que la sociedad garantice el bienestar material de la mujer durante el embarazo. No sería un gran “descanso” para la mujer si simplemente se le impidiese ganarse el pan diario durante dieciséis semanas. Eso sería condenar a la mujer a una muerte segura. Por lo tanto, la ley no sólo debe proteger a la mujer en el trabajo, sino que, también, debe iniciar un plan de prestaciones por maternidad a expensas del estado.

Esta seguridad o seguro de maternidad ya ha sido introducido en catorce países: Alemania, Austria, Hungría, Luxemburgo, Inglaterra, Australia, Italia, Francia, Noruega, Serbia, Rumania, Bosnia, Herzegovina y Rusia. En once países, entre ellos Rusia, la mujer trabajadora se asegura en una compañía de seguros, pagando cotizaciones semanales. A cambio, la compañía paga el dinero de las prestaciones (la cantidad varía de un país a otro, pero en ningún caso supera el salario completo) y también proporciona la asistencia de un médico y una partera. En Italia la mujer trabajadora paga sus cuotas y recibe ayuda de compañías de seguro de maternidad especiales. Otras contribuciones son pagadas por el propietario de la fábrica donde trabaja y por el estado. Sin embargo, incluso en este caso, la mujer trabajadora tiene que asumir la principal carga financiera. En Francia y Australia la mujer trabajadora no tiene que contratar ningún tipo de seguro. Cualquier mujer, casada o soltera, tiene derecho a recibir ayuda del estado si la necesita. En Francia, recibe prestaciones durante ocho semanas (de veinte a cincuenta kopeks al día, a veces más), además de la ayuda de un médico y una comadrona. En Australia se le da una suma global de cincuenta rublos. En Francia también se ha organizado un sistema de “amas de casa sustitutas”. Al final del embarazo de una mujer, una amiga o vecina, que ha asistido

a los cursos gratuitos sobre el cuidado de mujeres embarazadas y niños pequeños, va a su casa a ayudarla. Continúa haciendo visitas diarias hasta que la madre está lo suficientemente bien como para levantarse y volver a caminar: ordena la casa, cocina la cena, cuida del bebé y la compañía le paga por este trabajo. En Francia, Suiza, Alemania y Rumania la madre también recibe beneficios de la aseguradora durante el período en que está amamantando a sus hijos. Así pues, se han dado los primeros pasos para proporcionar seguridad a las madres.

¿Qué es lo que piden los trabajadores?

Lo que se está haciendo en estos momentos es, por supuesto, demasiado poco. La clase obrera está tratando de obtener que la sociedad asuma las dificultades del parto. La clase obrera quiere asegurarse que la ley y el estado asuman los problemas más urgentes de la mujer trabajadora: sus necesidades materiales y financieras. Aunque la clase obrera se da cuenta de que sólo una nueva sociedad, la gran y amistosa familia mencionada anteriormente, se hará cargo de todo el cuidado de la madre y el niño, es posible, incluso ahora, facilitar la vida de la madre de la clase obrera. Ya se ha avanzado mucho. Pero tenemos que seguir luchando. Si trabajamos juntos, avanzaremos aún más.

El partido de los trabajadores de todos los países exige que haya un seguro de maternidad que cubra a todas las mujeres, independientemente de la naturaleza de su trabajo, sin importar si una mujer es sirvienta, trabajadora de fábrica, artesana o campesina pobre. Se debe recibir las prestaciones antes y después del nacimiento, por un período de dieciséis semanas. La mujer debe seguir recibiendo las prestaciones si el médico considera que no se ha recuperado lo suficiente o que el niño no está suficientemente fuerte. La mujer debe recibir la totalidad de las prestaciones, aunque el niño muera o el nacimiento sea prematuro. Las prestaciones deben ser una vez y media más elevadas que el salario normal de la mujer; cuando una mujer no tiene trabajo debe recibir una vez y media el salario promedio de las mujeres en ese estado. También debe estar escrito en la ley (y esto es muy importante) que las prestaciones no sean inferiores a un rublo al día para las grandes ciudades y a setenta y cinco kopeks al día para las pequeñas ciudades y aldeas. De lo contrario, si el salario de una mujer fuera de treinta kopeks, sólo recibiría cuarenta y cinco kopeks. ¿Y se puede esperar que una madre y su hijo vivan correctamente con cuarenta y cinco kopeks al día? ¿Puede una madre obtener todo lo que necesita para la vida y la salud con cuarenta y cinco kopeks? La madre también debe recibir prestaciones de la compañía de seguros durante todo el período en que esté amamantando a su hijo, y durante no menos de nueve meses. El monto de la prestación debe ser aproximadamente la mitad del salario normal.

Así pues, las prestaciones deben abonarse tanto antes como después del nacimiento, y deben ser abonadas directamente a la madre o a alguna persona autorizada por ella. El derecho a recibir prestaciones debe establecerse sin ninguna de las condiciones que están en vigor en este momento. Según nuestra ley rusa, por ejemplo, una mujer debe estar asegurada durante tres meses para tener derechos. A la mujer se le debe garantizar los servicios gratuitos de un médico y una comadrona y la ayuda de una “ama de casa sustituta” como se organiza en Francia y, en cierta medida, en Alemania e Inglaterra.

La responsabilidad de garantizar que se respete la ley y que la parturienta reciba todo lo que le corresponde debe recaer en las delegadas elegidas entre las mujeres trabajadoras. Las mujeres embarazadas y en período de lactancia deben disfrutar del derecho legal a recibir leche gratis y, cuando sea necesario, ropa para el nuevo bebé a expensas de la ciudad o el pueblo. El partido obrero también exige que el pueblo, zemstvo o la compañía de seguros construya guarderías para niños pequeños en cada fábrica. El dinero destinado a esto debe ser suministrado por el dueño de la fábrica, el pueblo o el

zemstvo. Estas guarderías deben organizarse de manera que cada madre lactante pueda visitar y alimentar fácilmente a su bebé en los descansos que la ley permita. La guardería no debe ser dirigida por damas filántropas, sino por las propias madres trabajadoras.

La ciudad, zemstvo o la compañía de seguros debe construir también, y a sus expensas, un número suficiente de: 1) Casas de maternidad. 2) Hogares para mujeres embarazadas y madres lactantes que estén solas y no tengan trabajo (ya existen en Francia, Alemania y Hungría). 3) Consultas médicas gratuitas para las madres y los niños pequeños, de modo que el médico pueda observar el curso del embarazo, aconsejar e instruir a la madre en el cuidado del niño. 4) Clínicas para niños enfermos como las que ha construido la Women's Labour League en Inglaterra. 5) Jardines de infancia en los que la madre pueda dejar a sus hijos pequeños (los de dos a cinco años) mientras ella trabaja. En estos momentos la madre regresa del trabajo cansada y agotada, necesitando paz y tranquilidad, e inmediatamente tiene que volver a trabajar para atender a sus hijos hambrientos, sucios y desordenados. Para la madre es muy importante llamar y recoger a sus hijos bien alimentados, limpios y felizmente llenos de noticias, y que los mayores, a los que se les ha enseñado a ayudar en el jardín de infancia y están orgullosos de su saber hacer, echen una mano en la casa. 6) Cursos gratuitos sobre el cuidado de los niños para niñas y madres. 7) Desayunos y cenas gratuitos para las mujeres embarazadas y lactantes, servicio que ya se ha iniciado en Francia.

Estas medidas no deben llevar la amarga etiqueta de “filantropía”. Cada miembro de la sociedad (y eso significa cada mujer trabajadora y cada ciudadano, hombre y mujer) tiene derecho a exigir que el estado y la comunidad se preocupen por el bienestar de todos. ¿Para qué forman un estado las personas si no es con este propósito? Por el momento no hay ningún gobierno en ninguna parte del mundo que se ocupe de sus hijos. Los hombres y mujeres trabajadores de todos los países están luchando por una sociedad y un gobierno que se conviertan realmente en una gran familia feliz, en la que todos los niños sean iguales y la familia se ocupe por igual de todos. Entonces la maternidad será una experiencia diferente, y la muerte dejará de recoger una cosecha tan abundante entre los recién nacidos.

¿Qué debe hacer cada mujer trabajadora?

¿Cómo se lograrán todas estas reivindicaciones? ¿Qué medidas deben tomarse? Toda mujer trabajadora, toda mujer que lea este folleto, debe desprenderse de su indiferencia y comenzar a apoyar al movimiento obrero, que lucha por estas reivindicaciones y está conformando el viejo mundo para un futuro mejor donde las madres ya no llorarán lágrimas amargas y donde la cruz de la maternidad se convertirá en una gran alegría y un gran orgullo. Debemos decirnos a nosotras mismas: “La unión hace la fuerza”; cuantas más mujeres trabajadoras nos unamos al movimiento obrero, mayor será nuestra fuerza y más rápido conseguiremos lo que queremos. Están en juego nuestra felicidad, la vida y el futuro de nuestros hijos.



germinal_1917@yahoo.es